

LAS BÚSQUEDAS LITERARIAS
DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE:
*ANGOSTA, EL OLVIDO QUE SEREMOS, EL
AMANECER DE UN MARIDO Y LA OCULTA*

AUGUSTO ESCOBAR MESA



Escobar Mesa, Augusto

Las búsquedas literarias de Héctor Abad Faciolince: *Angosta, El olvido que seremos, El amanecer de un marido y La Oculta* / Augusto Escobar Mesa. – Medellín: Editorial EAFIT, 2017. 408 p.; 24 cm. -- (Ediciones Universidad EAFIT)
ISBN 978-958-720-427-8

1. Abad Faciolince, Héctor, 1958- Crítica e interpretación. 2. Abad Faciolince, Héctor, 1958. *Angosta*. 3. Abad Faciolince, Héctor, 1958. *El olvido que seremos*. 4. Abad Faciolince, Héctor, 1958. *El amanecer de un marido*. 5. Abad Faciolince, Héctor, 1958. *La Oculta*. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

A116e

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

LAS BÚSQUEDAS LITERARIAS DE HÉCTOR ABAD FACIOLINCE: *ANGOSTA, EL OLVIDO QUE SEREMOS, EL AMANECER DE UN MARIDO Y LA OCULTA*

Primera edición: agosto de 2017

© Augusto Escobar Mesa

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-427-8

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Foto de carátula: Finca La Inés, Miguel Garcés Abad (Intervenida)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

*A Diana Sophia e Iván Arturo
que he visto crecer y
y emprender vuelo*



*Resuenan pisadas en la memoria
por el sendero que no recorrimos
hacia la puerta que no abrimos nunca
en el jardín de rosas*

T.S. Eliot

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	13
I. <i>ANGOSTA: UNA SOCIEDAD CERCADA Y DISLOCADA</i>	27
Últimos vestigios de seres ilustrados.....	30
Texto fragmentado en una sociedad escindida.....	36
Deuda intertextual.....	45
Novela mural y polifónica.....	49
Viaje al infierno de la realidad.....	52
Mundo dividido en tres y controlado por uno.....	56
Fracturación espacial y anomia social.....	61
Orwell activado.....	68
Por los senderos de la <i>Divina Comedia</i>	70
Estado social encadenado.....	79
Génesis del texto.....	83
Espejeo textual.....	101
Jacobo y los fantasmas autoriales.....	105
Pérdida de toda inocencia.....	109
“Roto el sueño, se esfuma la patria”.....	114
II. <i>EL OLVIDO QUE SEREMOS O LA PÉRDIDA</i> DE TODA ILUSIÓN.....	125
A. Lectura de la novela como discurso.....	127

El texto y su lector	128
El texto en su estructura capitular	129
B. Memoria y olvido de una muerte anunciada	161
Los personajes y sus fantasmas	163
Intruso a eliminar	168
La verdad amordazada.....	172
Texto único y múltiple	174
Voz que busca su voz y sus escuchas.....	179
C. Culpa y autoconfesión.....	182
Memoria y olvido.....	183
Padre totémico	188
Conciencia desdichada	190
Biografía, autobiografía y confesión	196
Ideologema de la culpa	199
De la culpa moral a la culpa ética	204
D. Recepción de la novela.....	212
Opinión de lectores colombiano: 2006-2007	217
Opinión de lectores extranjeros: 2007-2012.....	238

III. *EL AMANECER DE UN MARIDO: AMORES Y DESAMORES*

EN LA CUERDA FLOJA	255
Tiempos de desencanto.....	261
“La fiebre de Tolú”	261
“El amanecer de un marido”	263
“Alguien oculta algo”	265
“En medio del camino de la vida”	268
El tiempo no pasa en vano	273
“El Verbo Divino”	273
“Volver”	275
“El Sosia”	277

Despedida sin regreso.....	282
“Álbum”	282
“Balada del viejo pendejo”	283
“Juventud, divino tesoro”	286
“Mantis religiosa”	289
Las desdichas del destino	290
“Novena”	291
“La guaca”	293
“La señorita Antioquia”	295
“Mientras tanto”	297
Memorial de agravios: de Camilo Torres a Abad Faciolince, dos siglos de desencantos.....	300
“Cada geografía humana tiene sus precipicios”	301
“Nos engañamos en nuestras esperanzas”	305
¿Cuándo se oirán nuestras quejas?	308
El suicidio: “una fiesta de la fatalidad”	314
“¡Igualdad! Santo derecho de la igualdad”	319
Pocas verdades y muchos disimulos	323
 IV. <i>LA OCULTA</i> : EL IRREMISIBLE PARAÍSO PERDIDO	329
A la manera de los narradores populares	334
De la tierra mitificada a la tierra hollada.....	344
Pilar: eje que remoja el pasado	347
Antonio: memoria histórica	350
Eva: espíritu libre e ilustrado	353
De las cosas que <i>La Oculta</i> sugiere	358
“La tierra éramos nosotros”	366
“El único artificio es la búsqueda de una voz”	371
Una suma de desafíos	375
 BIBLIOGRAFÍA.....	387

INTRODUCCIÓN

*El pensamiento es como el alma, eterno,
y la acción como el cuerpo, mortal*

Flaubert

Admitiendo la obviedad de que cada texto tiene su lector, a este le llega de manera natural el texto en tácita complicidad como si fuera parte de un contrato establecido, por eso se puede decir que no hay lector obligado ni lectura impune. Cuando hay mutuo consenso entre lector y obra porque el lector lo busca, la empatía se instaura de manera natural y cada cual se dispone al acto. Pero también hay textos y lectores que riñen al primer contacto, y eso es igualmente válido. Como podrá constatarlo el lector, cada apartado de este libro sigue una metodología específica, sin que ella se explicita conceptualmente, salvo en el capítulo 4 donde se aplica la sociocrítica en *El olvido que seremos*. La metodología de lectura se sigue acorde con el tema, lo que indica que no hay un criterio único en el libro. La intención que lo cobija es una postura ecléctica, porque de esa manera se pueden abordar las obras desde distintas perspectivas temáticas y teóricas que las iluminan. En consecuencia, se podrá observar cómo en unos casos se acude a métodos de lectura más sistemáticos como la sociocrítica y la hermenéutica o, en otros, a un simple seguimiento de temáticas recurrentes a través de los textos abordados. Con esa aproximación abierta a los textos, se busca que el lector acceda a una cierta comprensión de los mismos y constate que toda obra es susceptible de una y diversas lecturas, desde las más básicas a las más exigentes, sin que ninguna agote su significación; por el contrario, el texto muestra su naturaleza abierta, su inasibilidad como totalidad y la siempre disposición a ser leído hoy y mañana desde nuevos acercamientos teóricos y metodológicos propuestos en su momento. Toda lectura de un texto y la comprensión del mismo dependen, en

últimas, de la motivación, la curiosidad y las competencias del lector. Este cierra el círculo histórico provisorio comenzado por el autor; sin embargo, en cada lectura se abre de nuevo el texto. Como bien lo plantea Hans-Robert Jauss,

la literatura y el arte solo se convierten en proceso histórico concreto cuando intervienen la experiencia de los que la reciben, disfrutan y juzgan las obras. Ellos, de esta manera, las aceptan o las rechazan, las eligen y las olvidan, llegando a formar tradiciones que pueden incluso, en no pequeña medida, asumir la función activa de contestar una tradición, ya que ellos mismos producen nuevas obras (1987a: 59).¹

Las lecturas sugeridas aquí convergen en un propósito: dar cuenta, desde distintos ángulos, de las tres últimas novelas de Abad Faciolince que consideramos singulares en la literatura colombiana por la recepción que ha tenido desde el lector común al crítico especializado, por la manera como han abordado aspectos esenciales de la vida colombiana en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI, por la postura crítica que se infiere sobre muchos de esos aspectos, por las reflexiones filosóficas y éticas que sugiere el autor, por su actitud siempre autocrítica no solo con respecto a su visión del mundo sino y, especialmente, sobre su ejercicio del oficio literario y abordaje estético de la realidad que se propone a sí mismo y a los lectores. Si se acepta con George Steiner que toda lectura de un texto no es más que una glosa y “movimiento de un decir siempre inconcluso” (1991: 13), la propuesta de lectura que aquí se ofrece es una aproximación, entre muchas posibles, que pretende ir más allá del dominio anecdótico de las novelas y relatos seleccionados, y comprender la red de tejidos de significación que se cruzan en ellos. Ojalá lo propuesto sea un derrotero para una mejor comprensión de la obra de Abad Faciolince y una herramienta oportuna de lectura para el

¹ Jauss constata lo que es tradición: que los lectores son los escritores y pensadores de hoy mismo y de mañana: “Pascal como lector de San Agustín, Lévi-Strauss como lector de Rousseau, son ejemplos de un alto nivel de diálogo de autores” (1987a: 74). Pablo Neruda lo dice mejor: “los tercetos deslumbrantes, el apasionado atavío, la profundidad y la pedrería de los Alighieri, Cavalcanti, Petrarca, Poliziano. Estos nombres y estos hombres prestaron luz florentina a nuestro dulce y poderoso Garcilaso de la Vega, al benigno Boscán; iluminaron a Góngora y tiñeron con su dardo de sombra la melancolía de Quevedo; moldearon los sonetos de William Shakespeare de Inglaterra y encendieron las esencias de Francia haciendo florecer las rosas de Ronsard y Du Bellay” (1974: 127). La totalidad de traducciones de textos en francés es del autor.

lector. Para Steiner, un buen lector es como un traductor o intérprete, porque en el proceso de lectura va descodificando el texto que tiene entre manos y lo va haciendo legible, lo ilumina y revela algunos de sus secretos según su competencia. Entre más activo e imaginativo es el lector, más puede penetrar en la estructura profunda de un texto, aunque jamás podrá asirlo como desearía, pero es mucho lo que puede inferir de él para su propia complacencia, empatía y conocimiento. El lector que al enfrentarse al texto quiere ir más allá –como debe ser–, “es un traductor de una lengua a otra, de una cultura a otra, de una forma de representación a otra. Es, por esencia, un ejecutante que ‘pone en acción’ los materiales que tiene ante los ojos para darle una vida inteligible” (Steiner, 1991: 26). Quien mejor representa a este tipo de lector avisado, crítico, incisivo, Abad Faciolince nos lo muestra en su amigo Alberto Aguirre:

Desde el primero, *Malos pensamientos*, hasta el último, *El olvido que seremos*, Alberto Aguirre fue el primer lector de todos mis libros. El primer lector, el primer corrector, el primer crítico. Nunca entregué nada a una editorial sin que hubiera pasado por sus ojos. Había sido editor, era ante todo un lector, sensible, era inteligente, era amigo [...] No me hacía grandes elogios, para halagarme, ni me hundía en el desánimo con críticas demoleadoras: leía con cuidado, hacia comentarios precisos [...] Perdí al mejor amigo; al hombro y a la oreja donde yo podía decirlo todo sin recato, sin vergüenza y sin miedo. Se me murió y hablar con él ya solo es posible en la imaginación y en el recuerdo. Es un “personaje central”, “inolvidable” [...] Un símbolo de lo que merece ser recordado, venerado en la memoria. Aguirre, mientras yo recuerde, seguirá siendo eso para mí (2014c: 20, 21, 24).

En el capítulo 1 sobre *Angosta* pretendemos mostrar cómo ese lugar tan imaginario como real, como otro “Macondo”, “Comala” o “Yonapatawa”, es la representación de una sociedad en la que hacen presencia todo tipo de discriminaciones e inequidades. En él se han establecido fronteras para garantía y privilegio de unos pocos, las mismas que sirven de exclusión y marginamiento para la mayoría. Aunque *Angosta* se asemeja en mucho a Colombia en las últimas cuatro décadas, es la alegoría de muchos otros países en los que han instaurado puestos de control como formas de disuasión, distanciamiento y diferenciación con respecto al Otro, ese Otro llamado librepensador, inmigrante, extranjero, subdesarrollado, pobre, distinto por su

color, etnia, religión, mentalidad, etc. En Angosta hay un sector minoritario intolerante, poderoso que se presume dueño de Angosta y pone en jaque la institucionalidad y la misma sociedad. Persigue sin piedad a una minoría que contesta esas prácticas ilícitas que le han permitido suplantar al Estado, las instituciones y arrogado para sí la Ley. Y también teme a la mayoría, a la que ha marginado y explotado sin piedad con sus prácticas ilegales y discriminatorias. Por eso instala fronteras por doquier para usufructuar lo mal habido y sentirse libre y en paz, pero es una falsa ilusión porque con ello crea su propio bumerán. Esos *check points* artificiales son umbrales que cercan, dislocan, despojan, escinden la conciencia de la mayoría de los habitantes de Angosta. *Angosta* es compendio y emblema del mundo moderno cada vez más fracturado por tanta inequidad social; mundo cada vez más resentido y escindido, con millones de seres que apenas si sobreviven a tantos *non man's land* o “tierra sin hombres” porque eso son, figuras espectrales que deambulan de una frontera a otra sin que nadie les otorgue identidad; son un número más en las estadísticas de muertos o desaparecidos.

El capítulo 2 se compone de cuatro partes sobre la novela *El olvido que seremos*. En la parte A, titulada “Lectura de la novela como discurso”, se hace un seguimiento de la novela capítulo por capítulo tal como aparece en su estructura enunciativa. Este tipo de lectura permite al lector observar luego, en los siguientes capítulos, en qué medida la historia, personajes, forma y temáticas abordadas obedecen a una intención previa consciente o inconsciente de la escritura del texto. Ese seguimiento puntual puede llevar a dilucidar algunos de los sentidos posibles del texto. Es una lectura desde el plano de la historia narrada sin análisis ni interpretación particular. Aunque resulta evidente, aquí también se impone una lectura selectiva a pesar del deseo de querer contar al lector lo más objetivamente posible lo relatado en el texto y los aspectos que consideramos relevantes de cada capítulo, incluyendo algunas citas claves que corroboran las acciones, hechos, comentarios, reflexiones del narrador o los personajes. Este capítulo permite a cualquier lector que no ha leído la novela tener una visión de conjunto de la misma sin que todo esté dicho y motivarlo a su lectura; sirve igualmente para poner en cuestión ciertos resúmenes que aparecen en la Web, tan distorsionados, que parecieran que hubieran

leído otro texto y no el que corresponde. Para los que ya han leído la novela y desean de nuevo abordar el texto de manera más analítica, la lectura propuesta sirve como guía por si se quiere hacer el seguimiento a una temática o personajes, o ubicar un aspecto esencial tratado.

En la parte B se hace una lectura crítica de la novela en la que se muestra el proceso de búsqueda de un narrador-hijo de su identidad a través de la imagen del padre asesinado por la extrema derecha colombiana y, también, es una toma de conciencia de lo que es y representa la sociedad colombiana en tiempos de anomia institucional. Son veinte años de reescritura de una historia deshilachada hasta lograr una unidad de sentido a través de la escritura; tejido en el que intenta mostrar un dolor que aqueja al narrador-hijo a partir de la ausencia de un padre que dedicó su vida a la defensa de una mayoría sin voz. En grandes líneas, la novela deja entrever el recorrido histórico de una familia de clase media antioqueña durante varias generaciones, así como parte de la sociedad colombiana. Se puede constatar esto por ambas líneas parentales, los Abad y los Faciolince. En el plano de lo socioideológico se observa, en la familia, el peso del pensamiento conservador a la que se suma, por lógico efecto, el poderoso influjo de la religión católica, pero también, y en menor proporción, una postura liberal, progresista, librepensadora, como es el caso del padre del autor, el médico Héctor Abad Gómez, e igualmente del hijo que va emergiendo con una fuerza inusitada hasta convertirse en el peso específico de la novela. La sociedad que el narrador recrea y muestra como sustrato en el texto no es la liberal ni la conservadora de antaño, sino la de unas minorías de derecha intolerantes e insaciables en lo económico y una mayoría impotente y silenciosa que padece todos los flagelos. En su forma y sentido, *El olvido que seremos* es una obra que puede leerse de diversas maneras y suscita tanto la curiosidad del lector común como del historiador, del sociólogo, del crítico literario. En este sentido, el texto puede considerarse tanto como biografía histórica y novelada de un padre de familia y médico salubrista, así como autobiografía y confesión de un hijo que crece a la sombra tutelar de un padre amoroso y va revelando los profundos lazos que lo atan, pero le urge tomar distancia porque aún no se resigna con haberlo perdido. Como hecho estético es una obra que no se deja asir ni someter a esquema alguno, siempre está revelándose y escondiéndose, sugiriendo más de un sentido.

Si algún texto puede ofrecer una imagen de lo que ha vivido la sociedad colombiana en las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI es *El olvido que seremos*, porque tiene la virtud de ser, desde dentro, la visión humana y sensible de un padre generoso, solidario y amado que peregrinó por los caminos de la patria buscando una mayor justicia social, y también es la mirada intimista de un hijo que ve cómo arrancan de su lado al padre, fracturan su familia y la de otros, obligan al exilio a sus amigos próximos y a sí mismo. Y, desde fuera, es la visión de una sociedad al filo del abismo social y moral, disfuncional y a punto del desmoronamiento institucional, porque grupos de presión al margen de la ley lo han ido arrinconado poco a poco. En la novela se observa, por un lado, a un pequeño grupo de hombres comprometidos con el bien social y, por otro, los ávidos de poder y sus secuaces, sicarios y delincuentes comunes, hijos todos de una y múltiples violencias habidas. Esos sicarios, seres anómicos, sometidos a la ley salvaje de la sobrevivencia, de la irracionalidad en el gesto, de la propensión inescrupulosa por el confort y el dinero fácil, de la ausencia de discernimiento moral o pérdida de esta, han sido y son manipulados por una minoría obnubilada cuya única razón de ser, por años y décadas, ha sido la codicia económica ciega y sin medida, y el fanatismo ideológico que segrega y cercena. *El olvido que seremos* es un ejercicio de la memoria para rescatar del olvido la muerte anunciada de un padre aun no redimida. Es un texto que da voz a los silencios de la historia colombiana y contesta a las mentiras de esa historia. Con la muerte violenta del padre y la historia violentada de un país, el hijo emprende el camino de su propia identidad escindida e intenta recuperar la Voz. La novela es también una forma peculiar de confesión que aparece cuando el narrador-hijo se siente desamparado y aparece descubierto en su fracaso. En ese caso, la narración es un tratar de salir de sí, un liberarse confesando tanta pena soportada con afán de encontrar la unidad perdida que fue arrancada tempranamente de un tajo y que jamás podrá volverse a dar. La unidad-padre-familia se pierde ineludiblemente para dar lugar a la fragmentación-hijo-sociedad moderna. Las balas intolerantes rompen el cordón umbilical que atan el hijo al padre y dejan a aquel a la deriva, sin otro asidero que las palabras para invocarlo y convocarlo en un ágape de vida y muerte, de amor y odio, de olvido y memoria. Solo la confesión y el perdón permiten que la verdad entre de nuevo en la vida.

En la parte C se hace una lectura mucho más analítica e interpretativa desde la perspectiva teórica de la sociocrítica. No basta una primera lectura de la novela, es necesario abordar otras por la densidad misma de lo tratado. Es indispensable un acercamiento a su estructura profunda, a la naturaleza de su entramado tal como es la compleja y enmarañada condición de sus personajes. El texto deja entrever una imbricada red de hilos de sentido que se entrecruzan y urden hasta perderse en las capas más insospechadas, incluso para el propio autor y para el lector mismo. Así, los personajes terminan enfrentándose a sus propias interrogantes y contradicciones, porque la realidad resulta siendo más intrincada y difícil de asir por tanto lastre que arrastra. Desde el comienzo hasta el final están cruzados por la desazón y dudas irremediables, lo que deja entrever un estado de conciencia escindida e infeliz. En este estadio, la novela deja de ser un texto divertimento, lectura efectista de la inmediata realidad para convertirse en lectura crítica y acerba de lo real, juego paródico e irónico de la existencia, aventura del lenguaje en la que se intenta cuestionar esa compleja realidad que mantiene en vilo a los seres que la padecen.

La novela es un verdadero ejercicio de olvido y memoria, y detrás de los recuerdos que han vuelto y los que se han quedado en el olvido, hay uno fundamental que volverá siempre como una imagen petrificada, la cara del padre adherida a la propia como una sombra que se arrastra y “nos arrastra” (2006c: 137). Pero a veces se observa en el narrador-hijo un estado ambiguo con respecto a esa memoria, misma que percibimos en otro narrador, el de la novela *Rumor del tiempo* del poeta ruso Ossip Mandelstam cuando confiesa que su “memoria no es de amor, sino de hostilidad y ella trabaja no a reproducir, sino a ahuyentar el pasado” (1972: 77). Visto desde la sociocrítica y la hermenéutica, aunque a lo largo del texto aparece un discurso racional y escéptico del narrador, a menudo este se le escapa para dejar aflorar, no conscientemente, un sentimiento de conciencia escindida y culpable. La biografía y autobiografía terminan siendo confidencia liberadora de sí mismo ante los otros, los lectores. Tres discursos contrapuestos se dan pues en el texto tal como lo expresa el narrador-hijo: “esta lucha entre la tradición católica más reaccionaria y la ilustración jacobina, aunada a la confianza en el progreso guiado por la ciencia, se seguía viviendo en mi casa” (2006c: 76). En el hijo narrador se observa una memoria mediada por una culpa moral que se sedimenta para dejar

aflorar una culpa ética, entendida esta en el sentido de Hisashige cuando afirma que “la conciencia de culpabilidad es causada más bien por prejuicios en relación con otros que por la transgresión de la ley moral” (Hisashige, 1983: 9). En esta novela sobre la reconstrucción de la imagen de un padre se puede observar, igual que en muchos escritores sobre ese mismo tópico, que es necesario emprender un viaje por la memoria para arrancar al olvido historias escondidas en el silencio, recuerdos vagos o borrados, y esclarecer tantas imágenes difusas que van y vienen durante dos décadas. Y sabemos que cuando la memoria es revisitada por el arte no es para hacer culto al pasado, sino para recrearla estéticamente, hacerla presente y no se repita en lo que tiene de execrable.

La parte D corresponde a la recepción de la novela por parte de los lectores y críticos, sobre todo en el primer año en el que la obra estuvo en el primer lugar de ventas en Colombia. *El olvido que seremos* es quizás, en Colombia, después de los libros de García Márquez, la que más ediciones ha tenido inmediatamente después de su publicación y luego –cuarenta hasta el presente y más cien mil ejemplares–, la que mejor ha sido recibida por los lectores colombianos y de otros países, y sobre la que no pocos escritores nacionales y extranjeros han expresado una opinión favorable. Es un texto que nos revela otra dimensión de la violencia colombiana propiciada por el paramilitarismo y sectores económicos, religiosos y políticos de derecha, cuya intolerancia es manifiesta hacia los que no representan y defienden sus intereses inescrupulosos. Es tal vez la novela colombiana que más ha suscitado el favor de los lectores de todo orden y generado profunda emoción y solidaridad tanto hacia la imagen del padre –el protagonista– como hacia el escritor –coprotagonista y narrador–.

El capítulo 3 está dedicado al libro de relatos *El amanecer de un marido*. Este se compone de dieciséis relatos integrados en cuatro temáticas que hemos denominado: “Tiempos de desencanto”, “El tiempo no pasa en vano”, “Despedida sin regreso” y “Las desdichas del destino”. La perspectiva de lectura seguida es la del desengaño del otro que termina enajenado ante su propia existencia. Es una constante temática que se nutre de otros textos y personajes literarios de la literatura universal a la manera de un diálogo intertextual, porque se evocan similares experiencias de la condición humana en situación. El sentido de pérdida ineludible de algo o alguien es una temática común en

varios cuentos; asimismo, otros personajes se despiden de una etapa de su vida o de alguien que le es entrañable: de la madre, de la juventud, del pasado, de los amigos, de la pareja, en fin, de la vida misma. Estos perduran en la memoria o caen en el olvido para ratificar su condición efímera de seres históricos que son y que, desesperados, ven cómo se escapa irremediamente el tiempo de la existencia, como poéticamente lo define Borges: “mirar el río hecho de tiempo y agua / y recordar que el tiempo es otro río, / saber que nos perdemos como el río / y que los rostros pasan como el agua” (1961: 184).

El amanecer de un marido es un libro de relatos sobre la edad límite en el que la vida corre hacia uno ocaso irremediable. Es el tiempo de los desencantos que se dan en la relación de pareja cuando la comunicación y el placer se agotan bajo el peso irremediable del monótono devenir. Todo comienza a esfumarse: el cuerpo joven, el deseo apasionado, la curiosidad e imaginación, para dejar paso a la alienante cotidianidad. Todo parece haber sido una efímera ilusión. En la mayoría de los cuentos del libro se observa una profunda desilusión. Desengaño por un pasado fisurado en el que se cuelan las culpas, por el fracaso ineludible de toda relación de pareja, por una violencia que se expande y carcome lenta pero eficazmente. Así, un sentimiento de fracaso e impotencia se aclimata para quedarse, porque las buenas intenciones, los compromisos, los pactos firmados, todo, todo queda inconcluso al interponerse intereses egoístas, afanes politiqueros, deseos imposibles de satisfacer, la avidez personal, y un olvido de sí y del otro que acompaña en el duro existir.

En el capítulo 4 se aborda la última novela de Abad Faciolince, *La Oculta*. Si en esta, como dice el mismo autor, la protagonista es una finca sobre la cual gira todo, la lectura va revelando poco a poco que detrás de ese pedazo de tierra a la que los hombres se apegan como algo esencial, son estos y sus propios dramas lo que va resaltando con una fuerza singular hasta convertirse en el eje del texto. La tierra, en ese caso, pierde su carácter protagónico para dar paso una representación de las pasiones humanas que en ella tiene lugar. “La Oculta” sirve de telón de fondo para que la historia de una comunidad y de una genealogía familiar emerja en su singularidad y revele sus secretos e incertidumbres, osadías y desafíos, pasiones encontradas y actos de fe. Desde el presente de la historia narrada, tres hermanos van desenredando el ovillo de esa historia y a través

de cada una de sus historias personales se va reconstruyendo el mural de un pueblo, de su cultura, tradiciones y esperanzas que tiene tanto de realidad como de ficción; línea fronteriza difícil de distinguir y separar una de otra porque “la ficción poética, mismo si ella le da la espalda a la realidad fáctica para producir otros mundos o una segunda naturaleza, no por ello deja de expresar una ‘verdad’ del mundo histórico oponiéndose al mismo tiempo a su realidad” (Jauss, 1987b: 119).

De todas las novelas publicadas por Abad Faciolince hasta el presente, esta es la primera en la que no hay artificios formales que exijan al lector esfuerzos particulares para comprender y articular las experiencias de vida de los protagonistas. Abad Faciolince se revela como un narrador nato, diáfano, liberado de preocupaciones retóricas y afanes innovadores. Encontró una vena que le va como anillo al dedo. La historia es, en apariencia, simple: tres hermanos que buscan preservar la finca que ha sido heredada de los padres y ancestros, y cada uno habla de sus vidas y de su relación con “La Oculta”. Sus historias se entrecruzan en lo que cada uno narra pero nunca hay un diálogo personalizado entre ellos; cada historia sirve de complemento a las otras. Cada vez que uno de los personajes se desnuda ante el lector, nos revela hechos de la historia del otro, aspectos de su carácter, personalidad e intimidades que el mismo personaje no nos deja conocer. Incluso, por el modo como están contadas las tres historias desde la voz de cada personaje como si fueran monólogos, el lector tiene la sensación de que a veces no son ellos los que hablan, sino un narrador omnisciente muy cercano, cómplice, que se cuele inconscientemente. Se podría decir que es un narrador que conoce de cerca las historias de esos hermanos o familiares cercanos y le agrega una buena dosis de imaginación. Cada personaje es la suma de un ser carnal, más cosas inventadas y apéndices de otros. Si *La Oculta* es a la vez historia, memoria, olvido, testimonio; también, y como lo afirma uno de los hermanos, Antonio, el poeta y músico frustrado, es “ficción”, y esta no es otra cosa que “copia de la realidad, o es exageración de la misma, o disimulo de lo que sí ha ocurrido” (Abad Faciolince, 2014e: 286). La frontera entre la realidad y la ficción en la novela, incluyendo la historia de Jericó contada por Antonio, que parece un relato independiente dentro de la narración central, es siempre errática, difusa, inasible o, como el mismo autor lo precisa: “la línea, más que fina, es muy

borrosa” (cit. Mesa, 2014). Sin duda, la escritura de *La Oculta* implica para el autor un triple viaje: el primero, por el pasado ancestral familiar del que va armando el ovillo pacientemente con datos de aquí y de allá y no poca imaginación. El segundo, es un viaje escritural para reconstruir el presente de la finca “La Oculta”, de sus hermanas, de personas cercanas a la familia y de sí mismo. El tercero, es un periplo por las dudas, escamoteos, desánimos temporales ante un oficio del que cree que lo ha abandonado definitivamente, sobre todo “la loca de la casa”, la seductora e inagotable imaginación.

A manera de conclusión y apropiándonos de una idea de Chardin (1982), *Angosta*, *El olvido que seremos* y *La Oculta*, desde el punto de vista histórico, no son obras pensadas inicialmente como “retrospectivas”, sino que giran en torno a situaciones particulares: la de un librero y sus amigos en *Angosta*, la de un médico salubrista, su familia y enemigos en *El olvido que seremos*, y la de tres hermanos en relación con una mítica finca La Oculta; sin embargo, poco a poco se transforman esas novelas en un “vasto fresco” por las diversas visiones del mundo, contrarias a veces, que muestran y han imperado en Colombia durante la segunda mitad del siglo xx. Y lo que era inicialmente la búsqueda de un tiempo perdido por una conciencia individual, se transforma—durante el proceso de elaboración de las novelas por parte de Abad Faciolince, como se verá en el desarrollo de este libro— en la recreación de una sociedad y de una época a punto de desaparecer. En las obras se observa la manera como ellas han podido absorber la historia con una facilidad sorprendente y revelarla. En todos los casos, “la muerte—o al menos la muerte prorrogada— precede a la toma de conciencia del espíritu de su tiempo y a la representación artística de una época” (Chardin, 1982: 17). Así como “la muerte transforma la vida humana en destino” (Chardin: 17), como se ve en *El olvido que seremos* con el asesinato alevé del padre, el rescate de su memoria y el destino que se le abre al escritor-hijo con esa muerte no deseada, el tiempo de anomia institucional “fija, momifica, convierte en fatalidad” (Chardin: 17) esa época de persecuciones, desapariciones, apropiaciones ilegales o bajo manipulación, exilios y muertes por doquier.

En las novelas y los relatos de Abad Faciolince se observa que la mayoría de los protagonistas masculinos, contrario a los femeninos, son seres ajenos a cualquier visión religiosa o metafísica formal e institucional, a pesar de la carga religiosa de su formación primera que

ha dejado un lastre en ellos de culpas irremediables. Para ellos solo cuenta el presente porque no quieren que el pasado se interponga ante el futuro que se avizora, pero este es igual de incierto y se anuncia con una cola de vestigios del pasado. En cada una de las novelas de Abad Faciolince se percibe un sentimiento de causas e ilusiones perdidas, de escepticismo generalizado, aunque a veces deja entrever algunos efluvios de esperanza mitigada. Los personajes de Abad Faciolince están cruzados por un sentimiento de titubeo en todos sus actos. Son seres híbridos, siempre en situaciones fronterizas, de abandono de sí, de ser y no ser. La particularidad de ellos es que hablan como si estuvieran ante un espejo refractado o ante la escritura que funciona de la misma manera: reflejar la propia condición y, con ella, las penas, oscilaciones, logros, etc. Espejo y escritura liberan por ser interlocutores silenciosos ajenos al juicio externo. Al proyectar o proyectarse se impone la imagen de sí mismo a la manera de una confidencia, y con un doble interlocutor, el yo fáctico y el irreductible de la conciencia. A medida que hablan de sí mismos, nos descubren el mundo que los rodea y los otros que los acompañan en su momento de manera efímera o permanente; ellos son parte de sí mismos, su proyección, porque los han escogido en su viaje por la vida. En su viaje trashumante van dejando al desnudo un historial de dilemas, paradojas y contradicciones.

Abad Faciolince tiene siempre algo para contar, fundado en los muchos aspectos de la vida de todos los días, sea el amor, la violencia, la muerte, la devoción familiar, el trabajo comprometido, los celos, la búsqueda de un identidad, las culpas, la intolerancia, el fanatismo, la avidez económica, la sociedad de consumo, las ideologías en todas sus formas que alienan, es decir, todo aquello que identifica al hombre contemporáneo y de siempre, su razón y la sinrazón de ser, su estado de permanente encrucijada de la que nunca logra salir ileso, no importando la opción que se privilegie. Sus personajes están siempre en viaje, en busca de respuestas ante dudas que no pueden comprender y menos esclarecer. Así, parecen ir la deriva tratando de completar el rompecabezas de sus vidas. Siempre falta una pieza necesaria o muchas para la unidad deseada y nunca alcanzada. La mayoría de los personajes son viajeros que no pueden vislumbrar el destino que se impone, sino cuando ya todo es irremediable. Son sordos a las palabras de los Tiresias que tienen su alrededor sobre los males y pestes que aquejan a la sociedad, y por eso terminan siendo chivos expiatorios

que deben asumir su sacrificio solos, como se observa en *El olvido que seremos* con el asesinato del padre del narrador, la muerte precoz de la joven hermana, el suicidio de su amigo adolescente o el exilio de los amigos del padre; y en *Angosta*, la muerte violenta del doctor Burgos –defensor de los derechos humanos–, del poeta Andrés y del exilio forzado de Jacobo, el protagonista. En cada texto de Abad Faciolince se observa la vida de personajes cotidianos que gira sobre un pasado y presente que pudo haber sido otro, tal vez mejor, quizá peor, pero es lo que es. Son responsables del pasado que lo reciben como heredad o por mediación, y del propio presente del que deben responder por él. Es un pasado y presente que se perciben como un tiempo de cuestionamientos sociales y morales, de relaciones equívocas donde todo se ha ido disolviendo. En vano intentan reconstruirlo pero no se deja asir, apenas si lo rozan.

En las novelas y cuentos se observan un conjunto de historias fragmentadas, porque el desarraigo y las culpas se han instalado en cada uno de los personajes, que van sacando a flote a su pesar. Es, como dice uno de ellos, “una hebrita inocente de la que había tirado, sin yo saber que detrás se me vendría, con toda la madeja, el mundo encima. Un mundo oculto que de repente se me reveló” (Abad Faciolince, 2008a: 66). ¿Qué sobrevive a estas efímeras y anónimas historias de vida?: el arte de la palabra, la construcción de un mundo particular y el juego con el verbo. Y como bien señala Jakobson, “toda obra de arte digna de ese nombre habla de la génesis de su propia creación” (cit. Steiner, 2001: 27). Mediante ese arte de la palabra, Abad Faciolince induce al lector a bucear por seres humanos sometidos a sus propias contradicciones en busca de una identidad que no se perfila; al contrario, tienden a descoserse cuando entra en contacto con otros. Con ese Otro en el que se cree encontrar autoafirmación y complementariedad, y se topa ineludiblemente con un muro inexpugnable, como bien lo expresa un personaje: “era como llegar a una encrucijada y no querer tomar ningún camino [...] no podía seguir, ni devolverme, no era capaz de irme, seguía ahí, pero no quería seguir ahí, la perfecta contradicción” (2008a: 88). A través de la mayoría de los personajes protagonistas, Abad Faciolince descubre al lector un universo humano donde se observa un continuo movimiento pendular en el que todo se mueve bajo relaciones complejas de amor y odio, usuras y fracasos, deseos y frustraciones, amaneceres y ocasos, memoria y olvido.

En estos ensayos sobre las novelas de Abad Faciolince, buscamos que el lector pueda tener un mejor conocimiento de los asuntos que le obsesionan al escritor, observar cómo se ha ido tejiendo una visión singular del mundo, evolucionado su proceso de escritura y configurado una estética personal. Razón tiene Steiner cuando sostiene que “comprender un texto, ilustrarlo en el marco de nuestra imaginación, memoria y representación, es *re-crearlo*” (2005: 68). Para el crítico francés, “todo lector serio trabaja siempre con el autor”, pero la complicidad que se establece entre el libro y las lecturas que se hacen de él son también “imprevisibles, vulnerables al cambio y misteriosamente enraizadas como la vida misma” (69).